Buscando tu pasión



WILDER LEÓN

Buscando tu pasión

ten el coraje de encontrarla

©Buscando tu pasión. 2016



Tienes la libertad de:
Copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra.



Bajo la siguiente restricción:
Atribución. Debes reconocer los créditos de la obra, especificando el nombre del autor.



Publica este ebook en cualquier medio virtual, pero sobre todo, compártelo a quien consideres que podría necesitarlo.
¡Muchas Gracias!

Información sobre el autor:





www.wleon901.wixsite.com/wleon



Sobre el autor del ebook

Wilder León es administrador de empresas, especialista en marketing, diseñador publicitario, editor/escritor. Ha publicado La Revista Socio-Cultural Crash! (12 Ediciones) y el libro de liderazgo: La Vida es Divertida. Actualmente es consultor y coaching en Gestión Empresarial, Marketing, Construcción de Marca y Redacción Creativa. Puedes comunicarte con él a su correo personal: wleon901@gmail.com

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.7

PARTE I 9

Sección para las reflexiones.12

Tu enferma sociedad.14

De la cultura y nuestra programación.15

La vida nos parece compleja.18

Aceptando que duermo.20

Sección Especial

Intereses Personales.22

Entre padres.24

PARTE II

Lo que todos desean.29

A veces las cosas no se dan como queremos.31

¿Y si lo dejamos ir?.33

El Apego.34

Estamos de acuerdo.35

Sección Especial

El descanso de papá.38

Haz siempre lo que amas.41

INTRODUCCIÓN

La pasión es lo que nos mueve y nos mantiene vivos. Siempre está cerca de nosotros, digamos, bastante cerca, pero ocurre un problema: no nos percatamos de ella. Y es que tenemos muchas cosas a lo largo de nuestras vidas que no nos permiten verla: el trabajo, las preocupaciones, el estrés, la sociedad… casi todo.

Entendamos pasión, en este contexto, como aquello que hace palpitar nuestros corazones cuando lo practicamos, aquello de lo que siempre hablamos y que estaríamos dispuestos a realizar gratuitamente sólo porque nos hace felices. ¿Parece relevante, entonces, que se escriba un libro sobre la búsqueda de nuestra pasión? Creo que estamos de acuerdo en que este tema es muy relevante, sobre todo en nuestros días.

Muchas veces hemos tratado a la pasión a la ligera sin pararnos a observar la importancia que tiene en nuestras vidas. Hablamos siempre de ella entre amigos y familiares, con nuestra pareja, o con algún desconocido, sin darnos cuenta de que esto es lo que somos y que seríamos dichosos y auténticos si nos dedicásemos a ello en todos los ámbitos de nuestra vida, sobre todo, en el profesional. Así, viviríamos de manera plena y en libertad.

Como consultor de negocios he tenido la oportunidad de trabajar con personas de empresa y he podido darme cuenta de que muchas de ellas no realizan su trabajo con pasión, sino que, lo hacen por necesidad u obligación. No hace falta ser psicólogo para saber que estas personas no

son felices y que, lo peor de todo, desperdician más de ocho horas de sus vidas diariamente.

En este ebook, veremos aquellos elementos de nuestra vida que empañan la búsqueda de nuestra pasión. Al identificar algunos de ellos en nuestro ámbito, podremos despertar y utilizar un plan de marca personal que nos permita hacer lo que realmente nos apasiona.

No dudes en escribirme si necesitas ayuda, realizar alguna consulta o hacer un aporte de ideas para nuevas versiones del ebook:

wleon901@gmail.com

¡Que tengas un excelente día!

Wilder León

PARTE I

Era un día de febrero y el calor era insoportable. Esperaba una combi para regresar a casa, y como había sido un día difícil en el trabajo, me preparaba para vivir un nuevo infierno dentro de este pequeño vehículo, "Sólo cuarenta y cinco minutos más de sufrimiento", me repetía sumamente concentrado. No obstante, cuando la combi se detuvo para hacerme subir a mí y a un par de personas más, recibimos el saludo inmediato del cobrador: "Señores, tengan ustedes muy buenas tardes", nos dijo con una amplia sonrisa de oreja a oreja. Sorprendido, moví la cabeza como afirmándole algo, las otras dos personas murmuraron algunas palabras indescifrables como respuesta a ese fortuito saludo, mientras subíamos y nos acomodábamos en los asientos del vehículo.

Fue sorprendente lo que advertí en aquella combi, no eran los mismos asientos resquebrajados en los que generalmente viajaba, estaba todo muy limpio y el ambiente olía a lavanda, ¿Está todo bien, caballero?, me preguntó el cobrador sin dejar de sonreír, "Sí, todo bien. Gracias", le respondí también con una sonrisa no tan sincera como la que él me ofrecía.

Pasados algunos minutos en aquel "extraño" viaje, el cobrador le indicó al chofer: "Un poco de música, por favor", le dijo con ademanes de director de orquesta. Desde su equipo musical se escucharon melodías suaves que nos deleitaron a todos durante

el viaje. ¿Aquí algo está pasando?, me pregunté escéptico. El cobrador despedía cordialmente a los que bajaban de la combi, ayudaba a subir a los ancianos jugándoles algunas bromas, siguió saludando a los nuevos pasajeros, conversaba con ellos, reía, reía y no dejaba de reír.

En menos de cuarenta minutos había llegado a casa con una sonrisa tan grande como la de ese cobrador. Hasta hoy me resulta increíble creer que una sola persona pudo cambiar con su actitud mi estado de ánimo.

Este pequeño hecho me demostró que todos podemos cambiar las cosas sólo con un poco de ganas, incluso, podemos cambiar al resto de personas otorgándoles un tanto de respeto y alegría. Tan simple como esto: sorprender a las personas, regalándoles una sonrisa, un gesto de amabilidad, algunas palabras cálidas.

Cuando sorprendemos a alguien, como en el caso del cobrador, dejamos a la persona, sin saberlo, predispuesta a escucharnos, ésta querrá saber qué continúa luego de la sorpresa. Qué grato sería si lo que viene después la sigue sorprendiendo.



Sección para las reflexiones

La vida es muy simple. Repito en negrita: **La vida es muy simple,** tanto como el rocío que cae sobre las hojas en una fría mañana, que tú puedes apreciar cuando pasas corriendo una y dos, tres… siete veces, y ves hojas húmedas, ves naturaleza, ves gente, ves perros, ves tierra; mientras corres pensando en lo bien que te vendrá para este día haber decidido hacer un poco de ejercicio en el parque. Esa es la vida. Simple.

¿Sabes lo que significa el término: “Encantador”? Algunos de sus sinónimos son: maravilloso, atractivo, fascinante… ¿Te

consideras Encantador(a)? Porque, déjame decirte, la vida es, además de simple, atractiva, seductora, maravillosa, encantadora. Piensa un poco, ¿serás tú un(a) Encantador(a)? Sé que puesto de esta manera, la palabra te suena como si estuviera calificando a una persona de atrayente, que influye en los demás, una persona seductora, elegante, y tú, tal vez seas o te consideres una persona normal, ordinaria, que no le gusta complicarse mucho con estos temas, pues, bueno, te intimida un poco, porque, por lo general, sobre todo para estos temas, te consideras un tanto tímido(a).

Bueno, te lo voy a poner todavía más simple: si la vida es simple y encantadora, tú también lo eres, así aún no te hayas dado cuenta o así no lo hayas, hasta la fecha, descubierto, o así te cueste aceptarlo o considerarte, por falta de confianza, un hombre o mujer simple, pero atractivo(a).

Ya sé lo que estás pensando: en tu rostro, en tu figura, si tienes un espejo a tu lado o algún objeto que efluya tu reflejo estás a punto de mirarte en él para contradecir lo que acabas de leer. No, no lo hagas porque no me estoy refiriendo a esa clase de atracción, pues no hablo de belleza física (¿es que podemos categorizar la belleza? Luego hablaremos de ello), tampoco, como

lo habrás pensado, de belleza interior (de seguro dijiste, ya salió otro con lo de la belleza que todos tenemos dentro). No, yo sólo me refiero a una cosa tan simple, a una fórmula sencilla: La vida es simple y atractiva, por lo tanto todo lo que existe en ella lo es. Punto, no hay más vueltas que darle.

"...si la vida es simple y encantadora, tú también lo eres, así aún no te hayas dado cuenta o así no lo hayas, hasta la fecha, descubierto..."

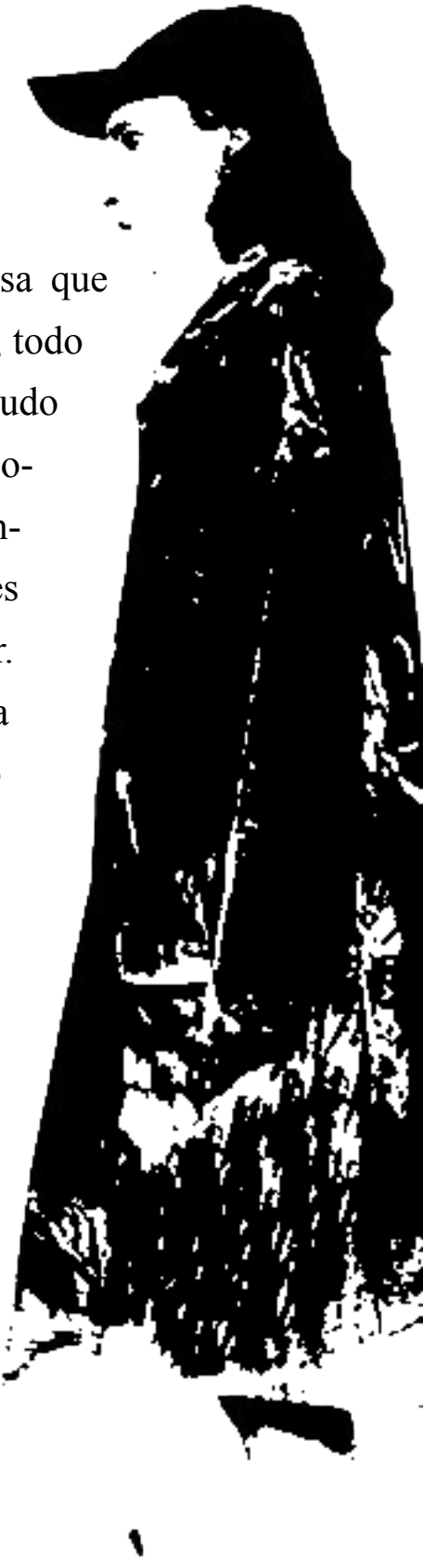
Tu enferma sociedad

Tú eres una persona simple desde que te formaste en el vientre de tu madre; como todos los demás, al ver por primera vez la luz sentiste el mismo asombro que los demás, creciste sorprendiéndote de todo lo que veías y en aquellos tiempos los problemas no existían y si aparecía uno por alguna contrariedad del destino, tú lo solucionabas a punto de fantasías, que era por aquellos tiempos tu mejor arma. Tú, al igual que todos los demás, naciste en un mundo simple y bello, vivir allí y disfrutar de esta simpleza era el plan, sumergirte en ella y entremezclarte en su inefable historia era todo lo que tenías que hacer, mas ¿qué es lo que pasó en el camino?, tu propia simpleza fue desapareciendo,

fue perdiéndose entre los tentáculos de una sociedad enferma. Lo que decía un grupo reducido de hombres fue alineando tus pasos, canalizando tus ideas y complicando tu vida. Desde entonces, ya no pensarías libremente, de manera simple, sino que tu sistema te presentaría sus propias opciones para pensar. Su influencia te robaría aquella simpleza con que veías a tu mundo simple.

De la cultura y nuestra programación

Somos, por lo tanto, unos robots. Todo lo que sabemos, lo que creemos, incluso lo que sentimos, guarda una molesta relación con un aprendizaje a temprana edad. Y es que la sociedad nos ha programado a su conveniencia y nuestra educación y cultura es el medio para meter tantos conceptos superfluos en nuestro disco duro (¿Qué características tiene la persona bella? ¿Qué marca de ropa debes usar? ¿Qué partido político es el mejor? ¿Qué iglesia o religión? ¿Existe Dios? ¿Los extraterrestres? ¿Cuándo será el fin del mundo? ¿Qué programa de chismes veré hoy día?). Pensados por las ideas de un sistema poderoso, luchamos por defender nuestras posiciones, incluso, ha habido guerras por defender ideas que nos impusieron desde hace mucho tiempo. La teoría, las leyes,



los preceptos, los valores, son información valiosa que nos permite vivir en un mundo mejor; sin embargo, todo ello tomado al pie de la letra, sin hacer un concienzudo razonamiento, nos lleva a extremos y nos condiciona a vivir como máquinas. Debemos tener en cuenta que la cultura y sus leyes pueden muchas veces afectar nuestra vida si no las sabemos comprender. Por ejemplo: ¿qué son las fronteras?, ¿la naturaleza ha escrito líneas divisorias entre los países? Cuando vemos desde lo alto las fronteras que el Perú tiene con Ecuador, Colombia, Brasil, Bolivia y Chile, ¿existen acaso líneas naturales que indiquen en donde termina un país y en donde comienza el otro?

La Belleza

Se dice que Leonardo Da Vinci hizo algunos razonamientos al respecto, algunos bocetos explicaban que los cuerpos humanos bellos debían guardar ciertas proporciones. Él estudiaba la anatomía humana para poder hacer sus bellos trabajos. Sólo eso. Pero nada importante que nos ayude a definir lo que es bello y lo que es feo. Pero, preguntémonos: ¿es importante saber lo que es bello o feo?, ¿no será

que nuestra sociedad ha inventado todo esto?

¿Qué es la belleza? ¿Quién la determina? ¿Quién dice lo que es bello o feo? ¿Un artista? ¿La iglesia? ¿La moda? ¿La estética? Del por qué nos sentimos bellos o feos, es una de las estupideces más "simpáticas" que encontramos en nuestro sistema, y de las que muchos se siguen sintiendo influenciados. Lo bello tiene status, lo feo está relegado. Hacen comerciales de cerveza sólo con chicas "guapísimas", semidesnudas, sólo niños "bellos" salen en comerciales de TV, las anfitrionas de algún evento tienen que ser, como mínimo, altas, y así se elige una "cosa" y se desprecia otra, como si fuéramos simples objetos; pero ¿cómo empezó todo este rollo? Ya no importa. Tal como las razas, el que se ofende porque lo llamaron negro, blanco, cholo o amarillo, está siendo el principal racista. Punto.

Si te duele que haya pruebas que censuren fuertemente a tu iglesia, gobierno o modo en que crías a tus hijos; entonces, no estás pensando libremente, no eres tú, sino las ideas que algunas instituciones y cultura te han metido en la cabeza. No piensas ideas, ellas piensan por ti, por lo tanto no eres libre.

Se podría decir, entonces, que nunca hemos sido libres, ni



mucho menos cuando el seudo libertador nos proclamó libres allá por el siglo XIX (el que se ofendió por la particularidad de esta premisa corrobora lo que estamos comentando).

"Del por qué nos sentimos bellos o feos, es una de las estupideces más "simpáticas" que encontramos en nuestro sistema..."

La vida nos parece compleja

Entonces, si nos ofendemos porque nos insultan ¿qué estamos demostrando?, ¿somos lo que nos quieren decir en el insulto? No, claro que no, pero estamos perdiendo el tiempo y nosotros mismos estamos haciendo nuestra vida compleja. Cuando te dejas enganchar por ideas de otros, ideas que tal vez carezcan de sentido, pero que son efervescentes como la vanidad, entonces, empiezas a dejarte llevar

en los tentáculos de la sociedad, tus opiniones parecen ser importantes, parecen guardar relación con lo que te dijeron, pronto tu ego subirá muy alto, alguien te dice que eres bueno, alguien te brinda un aplauso y te felicita, mientras otros te palmean la espalda, y tal como un títere, empezarás a hacer y pensar como quieren los demás. Pronto tu mente tendrá una sola razón: **Si te aplauden eres feliz, pero si cuestionan tus decisiones, entonces, aquellos te harán sufrir. Por lo tanto, la sociedad enseñará lo que es bueno y lo que es malo para tu ego, y vivirás dormido el resto de tu vida, sumergido en ideas pensadas por los demás, porque las tuyas ya no importan.**

Así, siendo un necio, un soberbio, un enfermo más de la sociedad, se te ocurrirá ir más allá, te provocará descubrir todo, incluso lo que no tiene necesidad de ser descubierto, pero dormido como estás, perderás tu natural pasión y todo te parecerá complejo, difícil, y encontrarás como resultado más sufrimiento.

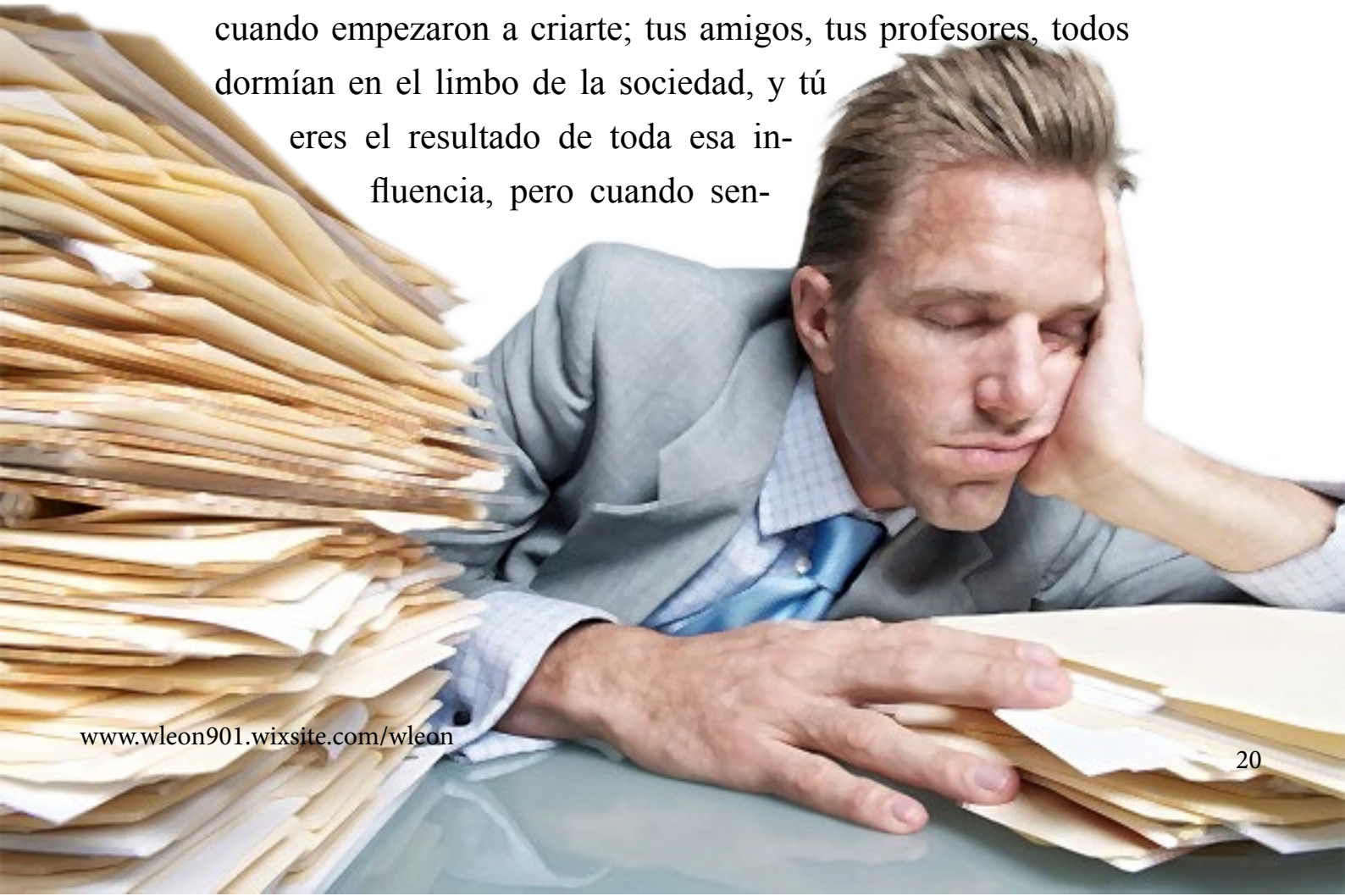
Haces compleja la vida cuando haces las cosas sin pasión. Si estás en un trabajo que no es el tuyo sufrirás irremediablemente, y se complicará todo. Si deseas saber los misterios de la vida, pero no tienes pasión para ver más allá, se complicará todo. Aún peor cuando te empeñas en buscar las respuestas a la existencia,

¿por qué existes? Si no tienes pasión estarás desganado, y no podrás ver la esencia de la vida y sólo hallarás respuestas que complicarán aún más tus días. ¡Tienes que despertar ya!

Aceptando que duermo

Puedo seguir dormido, ¡qué más da! Porque nadie te va a despertar, sólo tú mismo, y mientras sigas así, engañado por la sociedad, vivirás una vida de mentiras, de ilusiones perversas.

Sin embargo, tú no tienes la culpa de nada, acepta eso. Las cosas se dieron así, de seguro tus padres también estaban dormidos cuando empezaron a criarte; tus amigos, tus profesores, todos dormían en el limbo de la sociedad, y tú eres el resultado de toda esa influencia, pero cuando sen-



tiste que algo andaba mal, cuando no te sentiste enteramente libre, empezaste a abrir los ojos.

Esa incomodidad es la forma natural con que tu ser te anuncia que no estás siendo tú mismo, que estás siendo manipulado por algo o alguien. Si luchas por ir contra la corriente, será inútil, será como cuando quieres despertar de una pesadilla pero sin poder mover las extremidades, y luchas con tu conciencia y corazón para despertar.

Si aceptamos que estamos dormidos, nos será más fácil poder despertar. Una manera de saber que estamos dormidos es cuando nos enfadamos o sufrimos por todo. Un amigo me dice que soy un inepto(a), y yo me ofendo fácilmente sin encararlo antes, o mi novia ha dejado de quererme y yo asumo que no podré vivir sin ella, o me despiden del trabajo y siento que no serviré para nada más en la vida.

Ver pasar todos los acontecimientos de nuestra vida y las emociones que estos nos provocan, será nuestro primer paso para despertar. Todo empezará a verse más claramente. Y pronto comprenderemos algo valioso: Nosotros no tenemos por qué sufrir, ni tampoco por qué amargarnos.

Sección Especial

Intereses Personales

Del oficio de caer bien

Estoy harto de las personas que hacen un esfuerzo por caerle bien a los demás. Pelan los dientes, hacen gestos de interés en la conversación, y hasta escriben misivas en sus esfuerzos por caer bien a una persona en particular. Este tipo de persona busca algo, algo de interés para sí misma, y su empeño será, como casi siempre, sentirse bien consigo mismo.

Lo peor de todo es que considera que está haciendo el bien, incluso, se siente motivado por la productiva conversación que tuvo hoy, por creer que llegó a los corazones de sus compañeros, colegas o subordinados, aplicando lo que aprendió en la universidad de la vida, entre los vivos del barrio.

Está totalmente equivocado, amigo, usted nunca llegará al corazón de nadie porque sólo piensa en usted. Los ingenuos tal vez le creerán, pero no pasará mucho antes de que se le caiga del rostro el antifaz de sabelotodo.

Le enseñaron en algún curso de relaciones públicas, tal vez, o en casa o en la iglesia o usted mismo se dio cuenta de los privilegios futuros de “caer bien”, y utiliza este aprendizaje en pos de alcan-

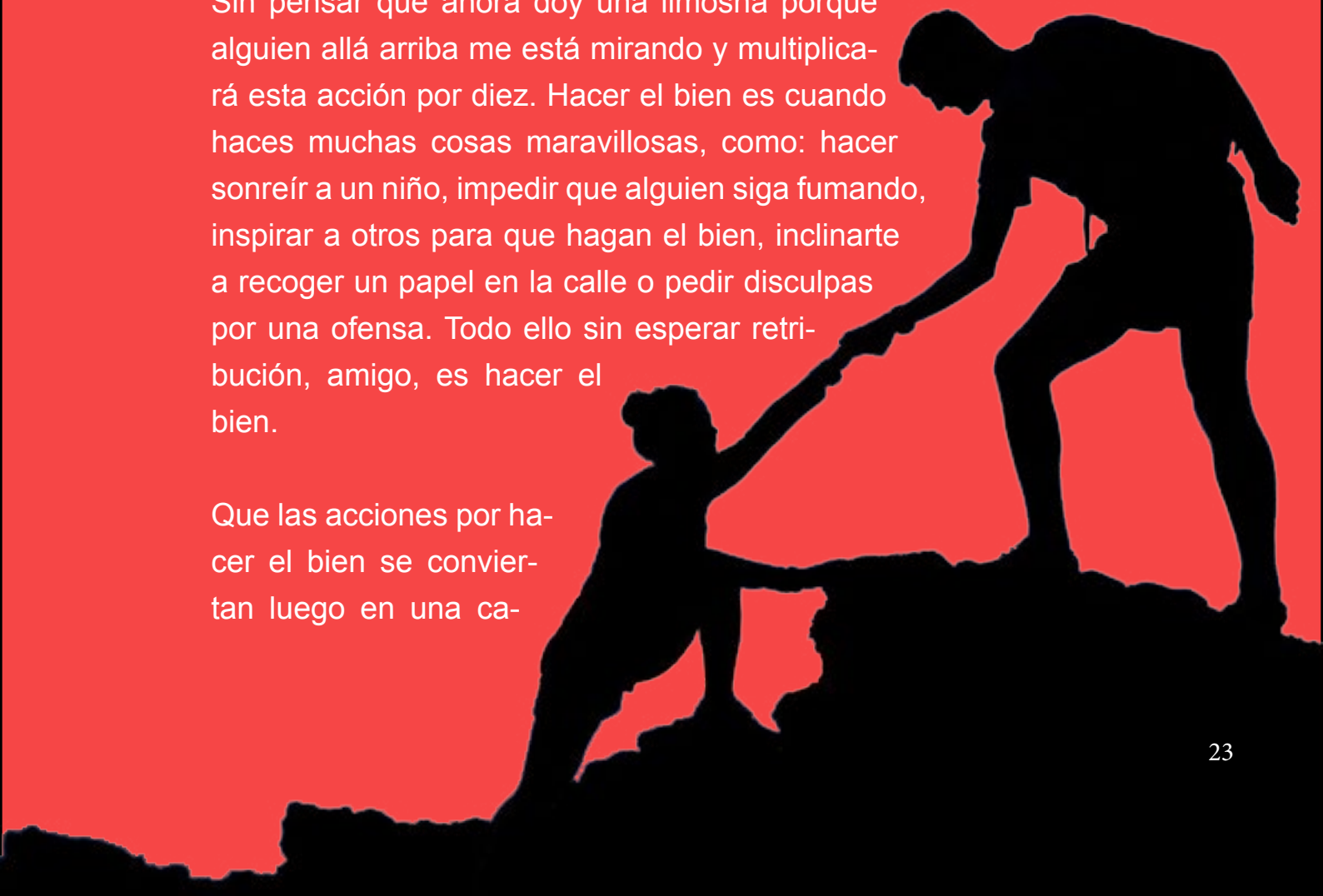
zar su objetivo.

¿Se ha preguntado cuál es éste? ¿Riquezas? ¿Honores Sociales? ¿Trabajo Gubernamental? ¿Aplausos? ¿Poder? Tal vez todos, tal vez no lo sepa. ¿Qué hace, amigo? ¿Con quién compite?

Haciendo y cayendo bien

Hacer el bien, esta actividad es valiosa, pero ¿por qué se vale de ella como si fuera un símbolo? No se nota en su rostro que lo disfruta sinceramente, ni cuando aparecen los resultados a su favor.

Déjeme decirle algo sobre hacer el bien, tal vez, usted, amigo, no lo sepa. Hacer el bien es simplemente dar algo a cambio de nada. Sin pensar que ahora doy una limosna porque alguien allá arriba me está mirando y multiplicará esta acción por diez. Hacer el bien es cuando haces muchas cosas maravillosas, como: hacer sonreír a un niño, impedir que alguien siga fumando, inspirar a otros para que hagan el bien, inclinarte a recoger un papel en la calle o pedir disculpas por una ofensa. Todo ello sin esperar retribución, amigo, es hacer el bien.



Que las acciones por hacer el bien se conviertan luego en una ca-

racterística o virtud propia que permita caerles bien a los demás, es natural. Pero cada una de estas acciones tendrá que ser, con el tiempo y la práctica, una forma de vida desarrollada por el subconsciente; es decir, hacemos el bien y además le caemos bien al resto de personas de una manera natural, sin pensar en una recompensa a cambio.

Narración

Entre padres

Cuando se es padre no importan las cosas que antes nos preocupaban. Por ejemplo, no importa que la mujer nos haya sacado la vuelta más de una vez, importa sólo que el hijo sea nuestro. No importa que la mujer sea mala, importa que nuestro hijo esté bien. Muchos no estarán de acuerdo, pero es un sentimiento que tenemos metido tan adentro, como una convicción poderosa que revolotea dentro de nuestro corazón.

Hace unos meses nació mi primer hijo, y aparecieron también estos nuevos sentimientos y conclusiones en mis reflexiones. La criatura es idéntica a mí, de enormes ojos que reflejan la natural nobleza de los recién nacidos.

Lo extraño mucho cada vez que salgo a trabajar. Hoy mismo pienso en él. Experimento una nostalgia profunda y extrañamente

agradable. Me dan ganas de virar a la derecha y volver a casa para verlo nuevamente. Pero tengo que seguir, caballero nomás, ganándome el pan.

La tarde es fresca, la avenida San Luis está casi vacía. Pego con un poco de aliento el adhesivo de taxi en el parabrisas y sigo derecho por la avenida. Busco pasajeros lentamente con el auto a cuarenta kilómetros por hora, a veces toco la bocina para despertar la atención de los transeúntes. Un joven de saco y corbata aparece en el cruce de la avenida Canadá. Bajo aún más la velocidad y le hago señas con un dedo. Se aproxima a mí:

—Buenas, aquí nomás a la cuadra veintiocho… —me dice mirándome fijamente—. Yo le respondo sin pensarlo, apoyándome con los cinco dedos de mi mano derecha:

—Cinco.

—Cuatro pes, está aquí nomás —replica. Me da gracia su actitud, parece estar apurado—.

—Vamos.

Efectivamente, estaba apurado:

—He quedado para una chamba a las cuatro y veinte, y ya son más de la cinco. Ya fui creo —me dice abrochándose el cinturón—. Vengo desde San Martín, y cuando pasamos por Tacna hubo un embotellamiento por el Señor de los Milagros.

—¡Uy!… Caballero nomás —le respondo—.

Saca unas monedas de un pequeño monedero gris:

—Cóbrate, manito —me paga con anticipación—.

—¡Ah! Ok. ¡Gracias!

—Ojalá pinte algo, estoy bien apretado estos días.

Parece querer conversar, yo sólo asiento con la cabeza y doy algunos murmullos de aceptación. Siempre me es difícil socializar con extraños.

De repente, suena su celular. Saluda cordialmente, toma algunos apuntes, sonríe y se despide satisfecho.

—Mira, viejito, uno busca un trabajo y te aparecen dos. Mañana tengo otra entrevista. Es como cuando uno busca una mujer, cuando menos lo esperas te aparecen dos, ja, ja, ja.

—Sí, así es —sigo asintiendo.

El joven tiene por lo menos treinta años. Se le ve simpático y sociable. Me animo a preguntarle:

—¿Y qué ha estudiado Ud., amigo?

—Soy Administrador —responde con orgullo—. Estuve en una chambita el año pasado, pero no me renovaron porque no tenía título. Ya lo saqué, pero fíjate, ya estamos terminando el año, así que me estoy recurseando en cualquier cosa.

—Sí, está difícil la situación —comento tímidamente.

—Quiero tener un poco de billete para navidad. Mi chibolo



recién nació. Quiero cumplir con él, regalarle algo.

—¡Claro, claro! Está bien —le respondo motivado por el tema. Pienso en mi propio hijo.

Llegamos a la cuadra veintisiete. Las calles son relucientes y solitarias.

—Estamos cerca. Por aquí debe ser.

—Sí, entramos a la veintiocho.

—Por aquí nomás déjame, manito. Yo me ubico —me dice, extendiendo una mano para despedirse.

—Correcto. ¡Muchas Gracias!… y suerte —respondo yo.

—Gracias. Igualmente. ¡Que tengas un gran día!

La tarde es aún larga. No hay remedio, viro a la derecha. Regreso a casa con unas ganas enormes de hacer lo que más amo hacer estos últimos días: contemplar a mi hijo entre mis brazos.

PARTE II

Lo que todos desean

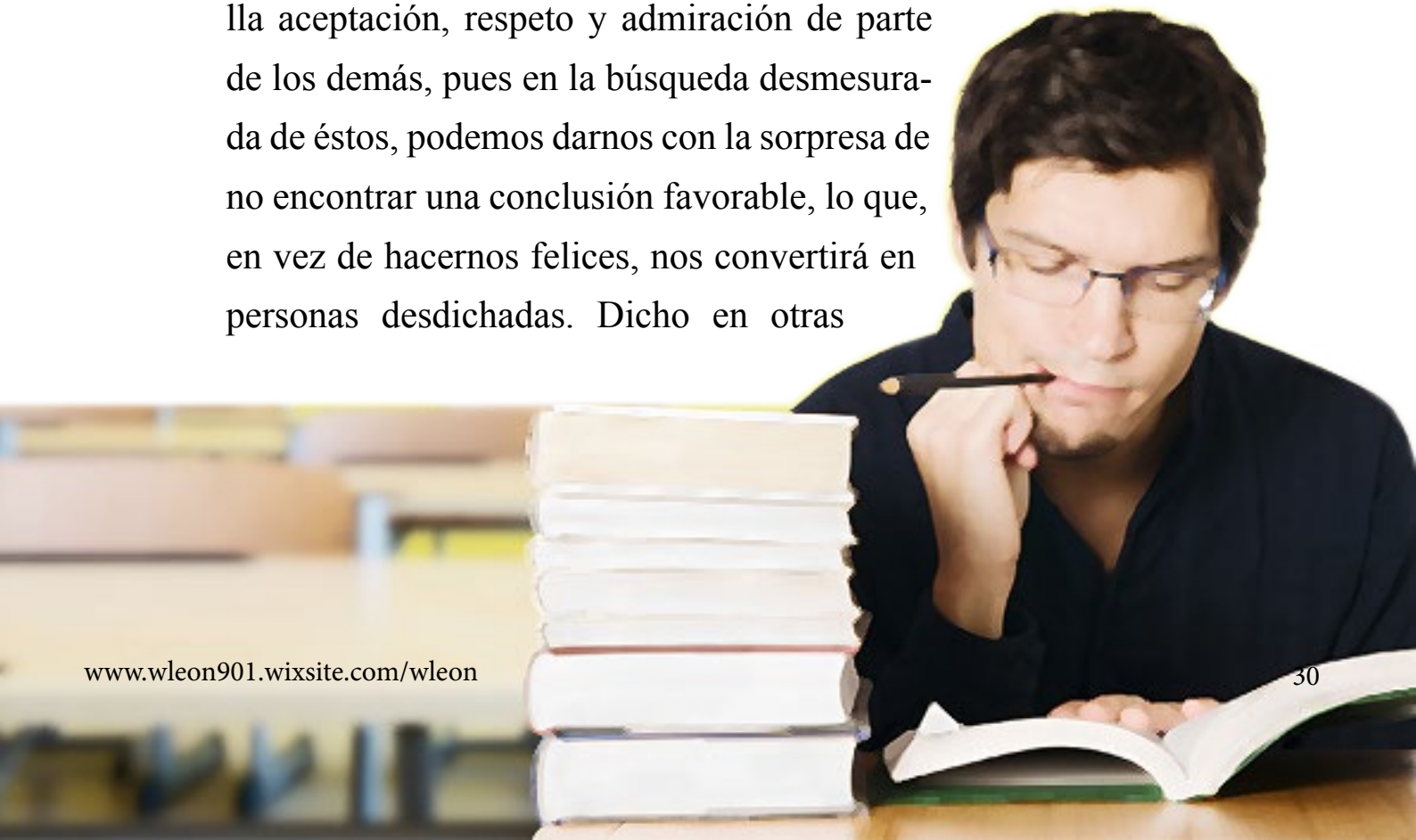
El psicólogo estadounidense Abraham Maslow presenta en la Jerarquía de las necesidades humanas de Maslow las cinco necesidades humanas vitales, desde las necesidades fisiológicas en la base, más arriba las necesidades de seguridad, afiliación, reconocimiento y, por último, autorrealización en la parte superior. Cuando una persona siente que es querida y que pertenece a una comunidad, el próximo paso es sentir que esa comunidad la respeta y valora. Y lo cierto es que todos deseamos cubrir esta necesidad para sentir que somos importantes y útiles.

A todos nos gusta tener amigos, por ejemplo, pertenecer a un grupo y recibir, de vez en cuando, un buen apretón de manos y una felicitación sincera por algún logro obtenido. Un político se siente bien con los aplausos y gritos de júbilo en su honor, un soldado se enorgullece cuando le prenden una medalla en su uniforme, un profesor llega a su clímax cuando sorpresivamente recibe los aplausos de los alumnos al reconocer una excelente clase, todos los entrenadores de las disciplinas deportivas elevan al máximo su autoestima al consagrar campeón a su equipo, el gerente de una empresa piensa satisfecho en pedir un aumento

de sueldo por duplicar las ventas del último semestre… **Todos en general, sin importar a qué nos dediquemos, deseamos lo mismo. Ese algo es: Respeto.**

Una manera de ser felices es ganar el respeto de los demás. Por lo tanto, hablamos también de obtener admiración. Nos gustan, pues, los aplausos y las felicitaciones, y que la gente esté de acuerdo con nuestras ideas.

Podemos decir, entonces, que nuestro ego tiene algo que ver con este deseo tan común en nosotros. Aquí ya no vale advertir que una vez más, nos dejamos influenciar por el sistema, pues eso ya lo dijimos. No obstante, debemos preguntarnos: ¿Será bueno seguir deseando el respeto y la consideración de los demás? De ser afirmativa la respuesta, tendremos que evitar depender de aquella aceptación, respeto y admiración de parte de los demás, pues en la búsqueda desmesurada de éstos, podemos darnos con la sorpresa de no encontrar una conclusión favorable, lo que, en vez de hacernos felices, nos convertirá en personas desdichadas. Dicho en otras



palabras, si nos obsesionamos por recibir la aprobación de los demás, las cosas se tornarán muy difíciles cuando no la consigamos. Por ejemplo, el empeño que al principio ponga un alumno en una materia en particular, puede disminuir tremendamente si es que los resultados de los exámenes son desaprobatorios, y si éste, además, esperó obsesivamente aprobarlos.

Necesitamos darnos cuenta de que la obsesión es una especie de gafas oscuras que disminuye el panorama amplio de nuestra realidad, una especie de bruma que entorpece nuestras estrategias. Así, el alumno, en el ejemplo, pudo haber creído que bastaba sólo leer los cuadernos y asistir a la clase para asegurar la aprobación de su curso, y no consideró la importancia de su participación, sus trabajos y la productividad de sus repasos. Tal vez, anduvo a ciegas, dentro de la manta oscura de la obsesión.

A veces las cosas no se dan como queremos

Esperamos siempre una recompensa por nuestros esfuerzos y muchas veces nos obsesionamos tanto que cuando las cosas no se dan como las esperamos, entristecemos o terminamos enfurecidos. No sería del todo errado suponer que cuanto más esperemos recibir algo a cambio de nuestra dedicación, más riesgo

podemos tener de no quedar satisfechos. No está mal recibir de vez en cuando un halago o reconocimiento por nuestro desempeño, pero, ¿para qué sirve?, ¿para aumentar nuestra autoestima?, ¿para seguir ensanchando nuestro ego? "No", dirán algunos, "es que necesitamos siempre ser recompensados por algo bueno que hicimos, sino, ¿cuál es la gracia?".

Puede haber muchas respuestas a esto, pero las que fueran no es lo más importante, pues cada uno puede ver la forma de cubrir este deseo de ser respetados. Pero, ¿podremos vivir no esperando nada a cambio aun cuando hayamos hecho algo extraordinario para alguien? **Pensemos un poco: ¿Es que es tan importante el respeto de la gente?**

Cuando te pasa algo ridículo, cuando, por ejemplo, te tropiezas en la calle y un par de transeúntes se ríen de ti, ¿te avergüenzas?, ¿te ofendes?, ¿te enfureces luego? Si experimentas algunas de estas reacciones, es porque sí, efectivamente, es muy importante para ti el respeto de las personas. ¿Qué ridículo, no? Pero es la forma en la que vivimos.

"Necesitamos darnos cuenta de que la obsesión es una especie de gafas oscuras que disminuye el panorama amplio de nuestra



¿Y si lo dejamos ir?

realidad...”

Dejar ir ese deseo es una alternativa; es decir, no considerarlo como premio por alguna actividad positiva realizada. Así, no nos importará si en algún momento se cumpla o no. Si nos premian o si ganamos respeto por algo que hicimos, bienvenido sea, pues eso nos reconfortará de alguna manera, pero no debe determinar mi nivel de felicidad y dicha. Es cierto que todos necesitamos ser respetados y que de vez en cuando debemos hacernos respetar, pero qué tal si hoy dejamos ir este deseo, pues, si aún no nos hemos dado cuenta, éste proviene, por lo general, de nuestro ego, de nuestro yo interno, el que es lentamente programado por la sociedad.

Pero ya no importa, hoy vamos a desaparecer este deseo de nuestras mentes, dejándolo escapar sin contemplaciones ni remordimientos, sólo lo soltaremos, lo alejaremos de nuestro ser, ya no lo necesitaremos más. Inhalaremos hasta el fondo y decidiremos tranquilamente que ya no va a estar más con nosotros, soltaremos el aire y ya se habrá esfumado. **Así de simple.**

El Apego

Anthony de Mello, psicólogo y pensador místico, nos menciona en sus charlas dos tipos de deseos: Uno de color blanco (así lo llamaremos por su simplicidad), que generalmente lo tenemos todas las personas y que se manifiesta cuando estamos motivados y cuando experimentamos una sensación de progreso o de cambio en nuestras vidas. Ganar el campeonato, ser promovido a un nivel más alto en nuestro centro de labores, graduarnos en la universidad, asistir a ese concierto, viajar en un crucero, etc., son ejemplos de deseos blancos. Este tipo de deseo puede cumplirse o no, sin embargo, nuestra felicidad o forma de vivir no se verá bruscamente afectada.

El otro tipo de deseo es el gris o apego como también se le conoce. Este deseo nos vuelve obsesivos y nos hace depender de su realización, seremos felices sólo si éste se cumple. Así, si no consigo ganar el campeonato este año me frustraré terriblemente, si no ingreso a la universidad entraré en una gran crisis, no puedo seguir trabajando más en esta área, deben quitarme ya esta carga, etc.

El apego es mortalmente dañino y debemos alejarnos de él rápi-

damente. Cuando estemos preocupados por algo, por cualquier cosa, es muy posible que este deseo gris esté allí, junto a nosotros, recordándonos que tenemos una lista inmensa de razones por las cuales debemos seguir preocupándonos, que siempre hemos vivido con esos deseos, apegados a ellos y que ni hoy, ni mañana, ni nunca, de ser posible, debemos dejarlos, porque no conocemos otra manera de vivir.

El enojo, la preocupación, la tristeza, la envidia y todos nuestros sentimientos negativos son pruebas visibles de que el apego está haciendo lo suyo por hacernos infelices. Cuando lo identifiquemos lo único que tenemos que reconocer es que con el cumplimiento o no de éste, seguiremos siendo igualmente felices. Luego de ello, dejémoslo ir, así de simple, que se desvanezca. Despreocupémonos de una vez.

Estamos de acuerdo

El único modo de hacer que otro haga algo es dándole lo que quiere. Dale Carnegie, especialista en relaciones personales, decía que el anhelo más profundo de las personas es el deseo de

ser importante. ¿Y por qué no darles a los demás lo que desean?

Si nuestro prójimo quiere respeto, admiración y reconocimiento de nuestra parte, debemos dárselos. ¿Cuesta tan caro hacerlo? La verdad que no mucho. Si estamos en un debate sobre un tema banal como lo es, por ejemplo, "la política" o "el fútbol", demos la razón a nuestro contrincante. Total, con nuestra conversación no cambiaremos nada. Digámosle: "Tienes razón, compadre, no lo había visto desde ese punto de vista", y veremos cómo pronto (luego de un par de frases más de nuestro prójimo que le ayudarán a confirmar lo dicho por nosotros) pasaremos a otra conversación más provechosa. De esta manera estaremos logrando dos cosas: La primera, evitar una discusión innecesaria e imposible de solucionar, pues casi nunca se le da la razón a la otra parte en estos temas; y la segunda, haremos sentir más importante a nuestro prójimo y nos estimará un poco más, nos convertiremos automáticamente en un buen amigo para él, y por ello también respetará, en el futuro, nuestras ideas. "Aunque, pensándolo bien, amigo, creo que tú tuviste la razón en nuestra charla del otro día", tal vez nos diga en algún momento.

Esta simple acción evitará que entren energías nega-

tivas a nuestras vidas. Pronto descubriremos que dar la razón a otra persona (así ésta no la tenga), nos ayudará a enfocarnos en cosas más importantes, se nos hará un buen hábito y los demás nos respetarán por el simple hecho de respetar también nosotros sus ideas y opiniones. ¿Qué simple, verdad? Pues, ¡practiquémoslo ya!

Sección Especial

Narración

El descanso de papá

La casa era un loquerío. Corrimos a avisarle a papá que lo llamaban al teléfono. “Lo están llamando para la familia que necesita el chofer”, indicó una de mis primas suavemente, levantando el artefacto gris con una mano. Papá la alcanzó y contestó la llamada.

Aquel día quería decirle muchas cosas a papá. Sentía en el corazón un sentimiento de nostalgia intenso e inexplicable; creo que por esta razón no me aparté de él ni un instante.

Papá estaba feliz por haber recibido aquella llamada, aun así, supo mantener la calma y guardarse las ganas de celebrar junto a los gritos de júbilo de la familia. La abuela le daba bendiciones y las tías le auguraban un gran día, propinándole algunos topecitos en la espalda.

Le debieron decir que su trabajo empezaría a las seis o siete de la noche, pues eran casi las cinco y papá, un terco disciplinado del tiempo, ya se preparaba para salir de casa. Llevaba puesta una camisa oscura de rayas verdes y unas gafas que nunca antes le había visto puestas, “Eres raro, viejo”, me dije y le di un fuerte abrazo. Me demoré en apartarme de él. Me mantuve junto a papá tal vez para siempre y como nunca antes.

Mi hermano y mis primas ya nos esperaban junto a la camioneta, mamá y las tías alcanzaron a despedirnos antes de que papá y yo nos metiéramos en el vehículo.

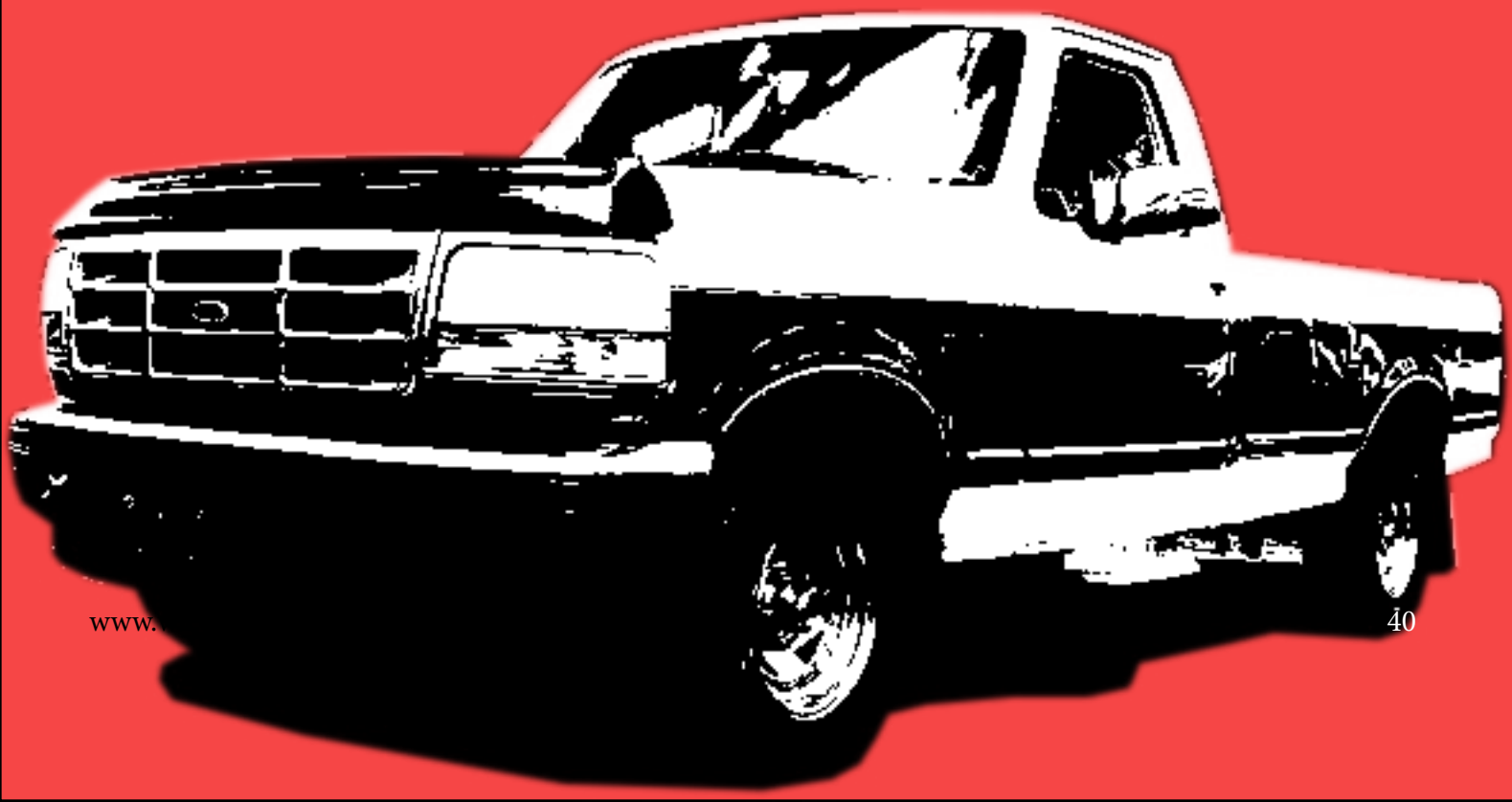
No podía creer que se estaba haciendo realidad ese maravilloso sueño de ver a papá nuevamente feliz. Por eso subí al carro, no quería dejar de sentir la felicidad que papá irradiaba, ese ejemplo. ¡Qué viejo!

Papá hacía sonar el motor para asustar a las chicas, mecía la nave como si la estuviera conduciendo por primera vez, llegué a pensar que algo le ocurría, pero sus movimientos pícaros me demostraron lo contrario, estaba en broma.

Ya no recuerdo mucho a partir de aquí, lo demás pasó tan rápido. Fue increíble, violento, una bulla de sueño: mi ser se llenó de todas las emociones al ver a un grupo de jóvenes saliendo del banco de enfrente, gritando y disparando al vacío, “¡Al suelo! ¡Al suelo!”, exclamó mi hermano, y las tías decían algo más a manera de rezos para tranquilizarnos. Sin embargo, todos perdimos la calma cuando vimos a uno de ellos aproximarse a la camioneta. Todos corrieron para alejarse de él, pero éste ya nos había visto. Lo único que hice fue abrazar a papá por la cabeza para inclinarlo hacia abajo, él pareció comprender mi intención y no opuso resistencia. El tipo llevaba un arma en las manos, era plateada y con ella, al aproximarse por el lado de papá, disparó una vez.

El ruido del proyectil había quedado resonando en mis oídos, pero yo sólo quería saber cómo estaba mi padre. Confundido, esperaba ver sangre en alguna parte, pero papá, moviendo sus labios lentamente, me dijo algo que no alcancé a escuchar, pero que entendí rápidamente. La bala había ido a parar en mí. Fue entonces cuando empecé a sentir que mi rostro se adormecía. Mis manos, que seguían sujetando a papá, también se adormecieron, mas no las quise apartar de él, y con ternura traté de darle el cariño que no pude brindarle, por orgullo, aquel día. Tal vez nunca lo había podido hacer completamente.

Se me pasó poco a poco toda euforia y desperté lentamente abrazado a mi almohada, escuchando que desde la habitación de papá se decía algo entre sueños. Corrí como un niño con los ojos llenos de lágrimas: ¡Papá!, ¡Papá! ¡Lo siento tanto! ¡Perdóname! ¡Te amo!



Haz siempre lo que amas

Si hasta ahora no haces aquello que amas, sólo eres un robot o un zombie.

Existen personas que viven sus vidas con apenas cortos momentos en que pudieron realizar aquello que amaban. La gran parte de su tiempo se encargaron de realizar actividades que nada tenían que ver con su felicidad, en muchos casos, estuvieron obligados por una razón indiscutible: "Hacemos lo que hacemos porque necesitamos el dinero para sobrevivir". Razón, además, primordial porque todos necesitamos cubrir, por lo menos, nuestras necesidades básicas.

¿Pero será ésta una única razón?, ¿nos hemos puesto a pensar qué más es lo que nos obliga a estar haciendo algo que no nos hace felices?

Con estas preguntas, quiero finalizar este ebook, espero que los temas mencionados te hayan servido de reflexión. Pero te pediré una cosa, como las reflexiones siempre se desvanecen en

el tiempo y nuestra rutina, recuerda sólo una enseñanza de este ebook y practícala con pasión. Verás los resultados.

La fe mueve montañas, y creo que la pasión también; por ello estoy preparando otro ebook, que vendría a ser la segunda parte de Buscando tu pasión. Espero me escribas si necesitas hacerme una consulta, o comentar tus impresiones e ideas sobre el ebook.

¡Muchas Gracias!

Buscando tu pasión

ten el coraje de encontrarla